

JAZZ EN EL DESPACHO DE HITLER.

EL IRÓNICO PASO DEL TIEMPO.

El periodista y corresponsal de guerra Plàcid García-Planas publica un interesante trabajo en el que, a modo de crónica, se dedica a describir en qué se han convertido los lugares que fueron testigos de los hechos históricos del Siglo XX.

LIBRUAK / LIBROS / BOOKS

'Jazz en el despacho de Hitler' es una impactante reflexión sobre el paso del tiempo que llega avalado por el Premio Godó de Periodismo de Investigación. Hablamos con su autor, Plàcid García-Planas, justo a su vuelta de la convulsa ciudad Libia de Ras Lanuf.

El que fuera despacho de Hitler en Munich se ha convertido en un local donde ensayan jazz, la denominada *música degenerada* por los nazis. ¿Así de irónico es el paso del tiempo? Es así de irónico y aún más. El lugar de Milán donde colgaron los cadáveres de Mussolini y su amante es hoy una barra de McDonald's... El paso fronterizo de Danzig donde empezó la Segunda Guerra Mundial es hoy una zona de ligoteo gay... Cuando entré a ese despacho, hoy Escuela de Música y Teatro de Munich, estaban ensayando la canción de un grupo californiano que se llama Four Non Blondes... ¡El despacho del Führer de los arios invadido por *Cuatro No Rubias!* A la Historia le encanta jugar con nuestros sinsentidos.

El libro está impregnado de una amarga lírica en la crónica que haces sobre los lugares testigos de acontecimientos bélicos del siglo pasado. ¿Es inherente a un corresponsal de guerra curtido como tú esa visión entre trágica y cómica de la vida? La guerra es dolor, y la mejor manera de describir el dolor en una crónica es a través del lirismo y de la paroja. Lirismo: La 'Ilíada', primera obra de la literatura occidental, es casi una crónica de guerra, con ella nace la poesía. Y paroja porque la guerra amplifica nuestras contradicciones hasta el infinito.



'Jazz en el despacho de Hitler' de Plàcid García-Planas, está editado por Península. Tiene 280 páginas y cuesta 22,50 euros.



Estos días asistimos en diferentes países árabes a jornadas que se antojan históricas. ¿Te atreves a vaticinar en qué pueden convertirse algunos de los lugares simbólicos que asisten hoy a esta revolución? Es un problema de símbolos superpuestos. La plaza de El Cairo epicentro de la revuelta se llama Tahrir, que significa *Liberación...* Alguien ya había *liberado* antes a los egipcios... Gadaffi se califica de *revolucionario*, al igual que los insurgentes que se han levantado contra él... En los casos tunecino y egipcio, un lugar simbólico podría ser Facebook, que ya es un *lugar...* Una vez me llamó una amiga: 'Hola, ¿estás en Facebook?', preguntó. 'No. Estoy en Kandahar', le respondí.

Se dice que aquel que olvida la Historia está condenado a repetirla. No nos espera un futuro muy halagüeño por lo que tu libro describe... No hay que olvidar la Historia, pero tampoco podemos convertirnos en sus rehenes. Es un equilibrio difícil, un debate sin una solución clara. No podemos poner una placa en todos los lugares donde Hitler hizo o dijo algo porque entonces perpetuaríamos su memoria. A mí lo que me fascina es cómo la vida cotidiana -una hamburguesa, una canción o el sexo- acaban por fagocitar los escenarios de la Historia. Hace unos años, en el cementerio más grande de soldados alemanes de la Primera Guerra Mundial en los Balcanes, observé como los niños jugaban al fútbol: entre miles y miles de tumbas, anárquicamente, moviendo cada día las lápidas rotas para marcar las porterías... **Texto de David Tijero Osorio. Fotografía de Guillermo Cervera.**